

GESEMANI

***“La Apostolicam actuositatem y la
Civilización del Amor”***



“El Amor no es amado”

Junio de 2022



“Ven, Espíritu Santo, inflama nuestro corazón para que renovemos con nuevo ardor nuestra respuesta al Señor”

Queridos hermanos de Getsemaní:

Un curso más, la Iglesia entera mira en este mes de junio al Corazón de Jesús y contempla y acoge agradecida el amor ardiente de Su Señor que, hasta el extremo, dio por ella la vida.

Jesucristo vuelve a llamarnos a corresponder al Amor no Amado poniendo más amor en nuestra vida y reparando así nuestros pecados, ingratitudes e indiferencias, así como las de nuestros hermanos que no le conocen y no le aman.

Todo este inabarcable misterio del Corazón de Cristo que nos ha sido dado, lo vivimos de forma concreta a través de los cuatro compromisos que existen en nuestro movimiento y que configuran nuestro modo de vida. Como dicen los estatutos, los compromisos no son rangos ni categorías sino caminos espirituales que arrancan de una llamada por parte del Señor y una respuesta de amor “según la gracia del don de Cristo”.

Es Jesús el que nos llama a vivir el misterio de Su Corazón según los distintos prismas que entrañan los compromisos: el ofrecimiento diario de la vida, la configuración con el Corazón Corredentor de María, la asociación al misterio de la Cruz y la entrega de toda la vida al servicio de la Redención siendo Corazón Vivo con Cristo y como Cristo.

Tenemos que darnos cuenta de lo importante que es emitir un compromiso ya sea por primera vez, ya sea renovado, sin acostumbrarnos y caer en la tentación de vivirlo como una rutina más al final de curso. La emisión del compromiso es lo que nos hace pertenecer al movimiento y acoger el carisma por el que Señor nos llama a ser santos.

Cuando por primera vez emitimos el compromiso, pasamos a formar parte de la vida del movimiento y de sus actividades. Es entonces cuando podemos decir con mucha sencillez y humildad, pero también con mucha alegría: “Soy de Getsemaní”, eso que decimos tantas veces de forma tan natural y sin pensarlo, casi sin darnos cuenta de lo importante que es porque configura nuestra identidad. Y lo decimos con el corazón ensanchado porque entendemos que eso significa: “Soy de Jesucristo en Getsemaní. El Señor me quiere aquí, me ha dado un hogar en la Iglesia dentro de Su Corazón para seguirle y servirle a Él y a los hermanos. ¡Lo he encontrado, he encontrado mi sitio!”. ¡Cuánta paz, seguridad y consuelo profundo da esto, saberme anclado en el Señor en un camino concreto, con una familia concreta!

Recuerda todo esto el próximo 25 de junio, cuando renueves tu compromiso o lo hagas por primera vez; recuerda también las muchas veces que lo has hecho quizá sin mucho sentimiento, en sequedad o incluso con mucha turbación, pero siempre confiado en la fidelidad del Señor que no retira su llamada y que sostiene con su gracia nuestra respuesta.

Y, sobre todo, demos gracias a Dios con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro ser, por seguir amándonos con predilección y seguir dando cada día Su Vida por nosotros hasta el extremo, caminando Vivo a nuestro lado.

Muy unidos En los Corazones de Jesús y María, vuestra hermana **Laura Linares**.

“OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ...” (Jer. 3, 15)

Queridos hermanos de Getsemaní:

Preparando el retiro de compromisos y nuestra consagración como movimiento apostólico al Corazón de Cristo quisiera compartir con todos vosotros unas reflexiones.

Hace unos meses os escribí largamente sobre cómo vivir desde nuestro movimiento el florecimiento de ciertas realidades eclesiales que gracias al soplo del Espíritu Santo, están apareciendo junto a nosotros: retiros de Emaús, retiros de Effetá para jóvenes o Bartimeo y Samuel para edades más tempranas, Hakuna, Proyecto de Amor Conyugal, Seminarios de Vida en el Espíritu, etc.

A veces nos invitan o invitan a nuestros hijos a participar. ¿Qué hacer? ¿Cómo discernir? Os decía, que nuestra actitud debe ser de simpatía y gozo interior ante todo ese crecimiento de vida, pero también de discernimiento. Podemos participar, si lo vemos bien para nuestra vida espiritual, después de consultarlo en dirección, pero no debe despistarnos de nuestro camino personal, confirmado por el Señor muchas veces.

La actitud al participar en esos retiros o experiencias espirituales debería ser la misma que cuando participamos en una peregrinación o en unos ejercicios espirituales. No son un cambio de dirección en nuestro caminar en Cristo, sino un avivar el espíritu, para volver con más fuerza y renovada ilusión a nuestra vida.

Pensemos que estos nuevos métodos de evangelización ya estaban anunciados por San Juan Pablo II cuando nos hablaba de la Nueva Evangelización. Él hablaba de nuevos métodos, nuevo lenguaje y sobre todo, de nuevos evangelizadores. Lo estamos viendo con mucha alegría. El Señor cumple sus promesas.

Hay que aprovechar este "viento", este impulso, pero siempre con discernimiento.

Hemos de huir de lo que puede ser un simple fenómeno de moda o un mariposeo espiritual, queriendo vivirlo todo, experimentarlo todo, de modo ansioso.

La gula espiritual también existe. Consiste en un querer vivir experiencias fuertes de modo continuo, pero sin profundizar en nada, sin entrega verdadera del corazón; a veces abandonando nuestras responsabilidades y fidelidades ya contraídas previamente ante el Señor.

Por eso quería escribiros ahora, aprovechando la solemnidad del Corazón de Jesús y como preparación a la renovación de nuestros compromisos.

Creo que, salvando siempre circunstancias imprevistas y citas ineludibles, es bueno que, ante otras propuestas de evangelización, eventos familiares o tareas que nos reclamen tiempo, nos hagamos conscientes de nuestro compromiso con el Señor y con nuestros hermanos al pertenecer a Getsemaní.

Cada uno debe aplicar en particular este criterio como adultos en la fe que somos y personas con discernimiento.

Yo, por ejemplo, como consiliario de Getsemaní, cuando tengo en mis manos el calendario de retiros en octubre, señalo los días y los reservo. Tiene que haber algo muy muy grave para que yo no vaya a un retiro. Si no hiciera esa reserva absoluta habría muchísimas actividades a las que suelo decir NO, que podrían ocupar mi tiempo.

Seguramente si dijera Sí a todo lo que me invitan, podría hacer mucho bien como sacerdote en esas actividades y también me ayudarían seguramente mucho a mí. Pero he reservado los sábados de retiro con mis hermanos de Getsemaní y no fallo, a no ser por enfermedad.

Salvando las distancias, porque yo soy el consiliario, creo que los miembros de Getsemaní, desde el momento en que hacen el primer compromiso adquieren un compromiso de asistir a todas las actividades del movimiento.

Las actividades se programan desde el principio en un calendario precisamente por eso, para apartar esas fechas.

Respecto a las reuniones de grupo, es diferente, pero también son muy importantes y por eso se programan (consultando antes, en el caso de los matrimonios, quién puede o no, para que intentemos estar todos. Cuando hay otras actividades en la parroquia o compromisos familiares, se dice para cambiar la fecha de nuestra reunión y que podamos estar todos).

A la hora de discernir dónde debo ir, creo que debemos poner en primer lugar las actividades del movimiento y después otras a las que podamos colaborar, como Emaús, Proyecto de amor conyugal, etc. Eso marca la pertenencia y la identidad.

Lo que nuestro movimiento nos ofrece y nos pide son dos convocatorias mensuales, no más, pero fundamentales para mantener la unión entre nosotros y con todos los hermanos.

Si ponemos otras cosas antes, o no damos demasiada importancia a nuestro compromiso, inevitablemente uno va aflojando en su pertenencia y va debilitando los vínculos con los hermanos.

Ésta es una reflexión que alguna vez hemos hecho también en el Consejo. Venía motivada sobre todo al comentar la situación de los jóvenes, que muchas veces faltan a retiros o reuniones porque dicen que tienen que estudiar mucho.

Me ha parecido que podía aplica esta reflexión a todos para ayudarnos todos a vivir nuestra fidelidad al Señor en el camino que nos ha mostrado.

Un abrazo fuerte. Nos vemos en la noche de Getsemaní y en el retiro, los que podáis asistir.

Unidos en el Corazón de Cristo.

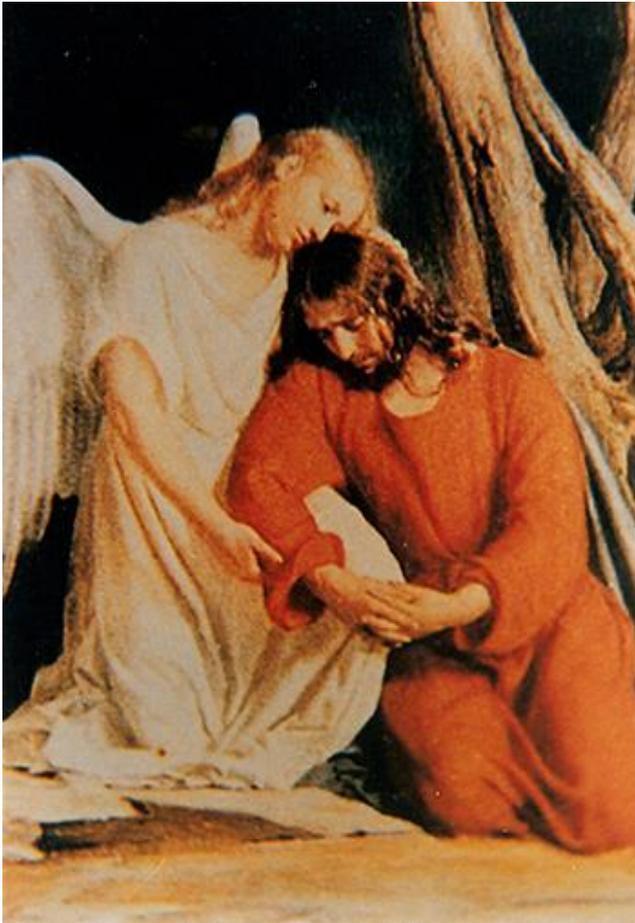
Vuestro consiliario, José Anaya Serrano

NUESTRO BUZÓN



SER OFRENDA

Queridos hermanos de Getsemaní, escribo esta carta con el motivo de poder llegar a vosotros transmitiendo mi experiencia sobre mi llamada a la realización del primer compromiso y si es posible, alentar a otros de realizarlo.



Creo es, sino me equivoco, el tercer año por el que renuevo el compromiso. La realización de este acto surgió después de un largo proceso de aprendizaje y reflexión en el Señor. En lo personal, había tenido un año espiritualmente generoso, comenzaba a ir a misa por devoción, más que por compromiso, me había propuesto rezar el Rosario todos los días y si Dios lo veía conveniente realizar la consagración de Esclavitud Mariana. Además, era el primer año que comenzaba con la dirección espiritual, la cual desde aquí recomiendo fervorosamente, y debido a ello hablé con mi director de esta llamada que Dios me pedía en realizar el compromiso.

En lo personal, añado que mi propuesta inicial era comenzar por el segundo compromiso. Sin embargo, después de meditarlo y consultar con mi director, se me recomendó empezar por el primero. Aunque no lograba comprenderlo en su momento, el motivo era simple. Si quieres seguir un camino hay que comenzar por el principio. Debido a ello, todavía sigo tratando de mejorar como cristiano intentando asistir más a la eucaristía, confesarme con frecuencia y mantenerme en mi promesa de rezar el Rosario todos los días.

Para concluir, quisiera añadir que si cualquier joven siente la llamada de realizar este compromiso o cualquier otro no intente evadirla sino todo lo contrario. Cristo tiene una misión preparada para cada uno de nosotros y que mejor forma de comenzarla que comprometiéndose a ella a través del movimiento. Si por algún casual estas leyendo esta carta y tienes dudas, acude a María y ella guiará tu caminar.

Josué Olabarrieta Canorea.

SER COMO MARÍA

“Ser como María”

Desde pequeña he sentido una gran devoción por la Virgen María, quizás por lo cercana a ella que he estado a ella tanto por el colegio y la devoción a la Virgen Milagrosa como por las continuas peregrinaciones a Fátima. Siempre me ha sido más fácil poder hablar con ella y que fuese ella la que intercediese frente al Señor por mí. Quizás por eso decidí dar el paso de hacer el segundo compromiso: ser como María. Es el mejor ejemplo a seguir y aspiro a poder imitar sus sentimientos, virtudes y modo de vida. Es por eso que desde que hice el segundo compromiso el deseo de consagrarme a la Virgen. No es una tontería y es por eso que quizás estoy tardando más, pues deseo



hacerlo de la mejor forma posible.

Además, no es solo aumentar tu compromiso con Dios y la Virgen, si no con el propio Movimiento. Son pasos importantes que uno va dando dentro de éste y a pesar de llevar toda la vida en él, conforme se renueva o avanzas en los compromisos te sientes más partícipe y dentro de éste.

Os animo a no tener miedo a avanzar y a escuchar lo que Cristo y la Virgen quiere pues son decisiones que no se van a lamentar y que solo nos hace sumar.

Laura Segovia.

MISTERIO DE LA CRUZ

Recibir el regalo de “encontrar el Tesoro escondido” te cambia la vida. Sería mejor decir que hace NUEVA tu vida. Descubrir el Amor extremo que da su vida por ti, que es colgado en la Cruz por ti, que se deja abrir el Costado por ti y que, precisamente ahí, dentro de su Costado, tiene un sitio preparado para ti, tu hogar, tu morada, hace que tu vida sea nueva.

¿Cómo dejar de mirarLe? ¿Cómo no amarLe? Tú quisieras que toda tu vida fuera una correspondencia sin cesar a su Amor. Tú quisieras ser su descanso, su bálsamo, el pañuelo que enjague su sangre y su agua. Reír con él, llorar con Él. Entregarte con Él, en Él. Como Él. Ofrecer la vida con el Corazón de Cristo. ¿Acaso hay otra forma de ofrecer la vida? ¿Cómo ofreció, si no, la vida la Virgen María?

Esa correspondencia, en mi caso tan torpe, tacaña, tibia..., es un camino en el que Él va transformando mi corazón, cincelandolo y sanándolo. Vaciándolo. Sólo en esa nada, puede Él llenarme para que pueda darle a los demás. Para que pueda llevar a Cristo al mundo.



En ese camino, el Señor, en su infinita Misericordia, me puso Getsemaní y me dio hermanos. ¡Fue estar en casa! Una casa, una familia, en la que me sigue enseñando, guiando, alimentando. Tomar el tercer compromiso es una respuesta a su Amor. El Señor abre aún más su Costado para que pueda “ver” y “entrar”. En realidad, es otro regalo suyo.

¿Cómo dejar de mirarle?

Me encomiendo a vuestra oración de hermanos. En este mes del Corazón de Jesús pidamos unos por otros por nuestra fidelidad al Señor.

Unidos en Su Corazón

Sonsoles Martín Santamaría

CORAZÓN VIVO

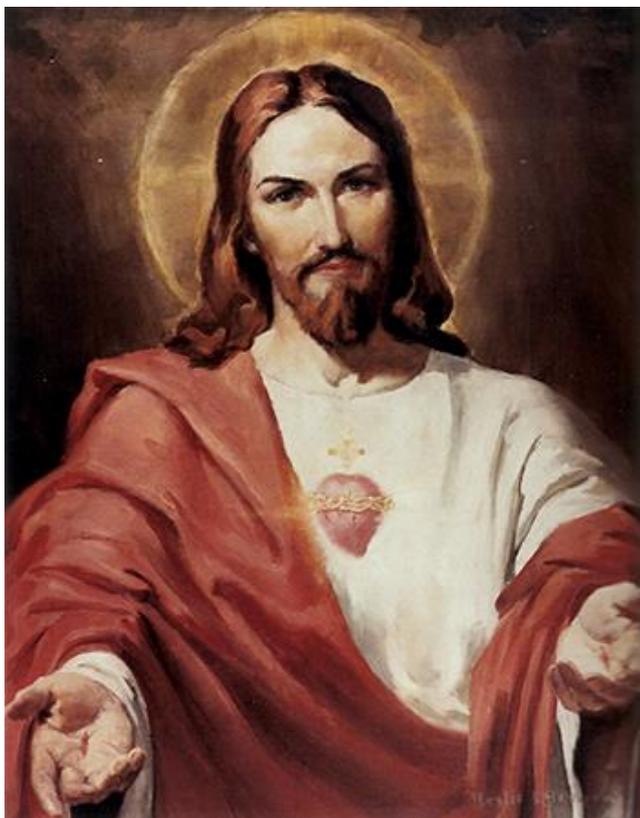
El Corazón de Cristo es un “Tesoro que llevamos en vasijas de barro”. Nuestra vida es el encuentro de dos corazones: el de Jesús y el nuestro. Vivir de veras con Cristo vivo y resucitado es atreverse a querer a todos, es creer en el Amor porque estamos abiertos a la Esperanza, es confiar en su Misericordia.

¡Conocer a Jesús es lo mejor que nos puede ocurrir! En nuestra casa, en nuestra familia el Corazón de Cristo está presente en cada circunstancia, en nuestro día a día. Podemos decir con inmensa alegría que Jesús es nuestro gran Amigo y que nunca nos ha fallado.

A lo largo de todos estos años el Señor nos ha mostrado una y otra vez que es GRANDE Su Fidelidad hacia nosotros y que Él es sensible a nuestra respuesta de amor. Le toca el Corazón nuestra respuesta... y por eso una vez más volvemos a renovar nuestro ser “Corazón Vivo”.

El Señor no es indiferente al pecado y al dolor del mundo. Bien sabemos que muchas veces somos “mordidos” por el pecado, y que solamente podemos curar cuando miramos a Cristo de Corazón abierto. Por eso en cada Eucaristía sigue abriendo su Corazón de par en par para decirnos: “Dios te ama, he venido por ti”.

Es en el Corazón de Cristo donde uno se siente “arder” y donde uno se entusiasma. ¿Por qué queremos trabajar en favor de las almas? Porque Jesús que está vivo en la Eucaristía así lo quiere, y



nos ha dicho con voz que no oyen los oídos: “Ve y trabaja... que mi Corazón quiere hacer por medio de ti, un poco de bien”.

Es el Corazón de Jesús el que nos revela el Amor del Padre, el que nos comunica el Espíritu Santo, el que jamás dejará de interceder por nosotros para que seamos fieles. Es Su Amor hacia nosotros el que nos hace descansar.

Gracias Señor por estar vivo en la Eucaristía y gracias, aún más, por querernos tanto.

Que la Virgen María y San José, maestros de oración, nos enseñen a adorar a Jesús Eucaristía en ese Silencio que es plenitud del Amor.

Graciela Linares Gálvez

FORMACIÓN

CORAZÓN DE JESÚS, SIGNO PATENTE DE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR:

“POR LA REDENCIÓN DEL MUNDO”

Luis María Mendizábal, homilía pronunciada el 4 de mayo de 1979

Vamos adelante en esta serie de celebraciones de los primeros viernes en este lugar santo. Y vamos acercándonos también a la coronación de la preparación para el LX aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús.

El próximo mes, el día 3, tendrá lugar el acto conmemorativo aquí sobre el Cerro de los Ángeles. El domingo 3 de junio que coincide, precisamente, con la fiesta de Pentecostés. Tendremos todavía el acto de la última reunión nuestra el primer viernes de mes. Será como todos los demás que hemos tenido, a la misma hora. Y concluiremos con él esta especie de catequesis sobre lo que es la devoción al Corazón de Jesús.

Hablábamos y hemos expuesto el sentido del Misterio del Corazón de Jesús. Hemos expuesto la respuesta del hombre, la consagración, el amor. Hemos expuesto, comenzábamos a exponer mejor dicho el último día, el sentido del dolor. La contemplación de ese signo lleno de significado nos llevaba a ver también ese aspecto que presentábamos como algo que

existe en la vida del hombre, que no podemos desechar de nosotros pero que hemos de colocar en su lugar que es el Corazón de Jesús, que es el amor. Y lo veíamos como purificación y expresión del amor. Un primer acercamiento a este misterio del sufrimiento y del dolor humano.

El discurso sería largo en todos estos temas que llegan a los puntos centrales de la vida del hombre. Pero quisiera dedicar esta catequesis de hoy a otro tema dentro de esta visión del hombre y de la familia en el Corazón de Jesús.

Pedimos en todas estas celebraciones que el Señor reine en nuestro pueblo, que el Corazón de Jesús extienda su reinado. Y lo pedimos muy de veras y lo pedimos con toda nuestra alma. No entramos ni en las formas de gobierno ni entramos en las formas de la economía. Lo que pedimos, como pide continuamente nuestro Papa Juan Pablo II, es que el Reino de Cristo se realice en las actuales condiciones de los hombres: el Reino de Cristo y las exigencias del amor de Cristo.

Lo pedimos pues y lo seguimos pidiendo. Pero a veces tiene uno la impresión de que cuando pedimos que venga ese Reino sobre nosotros, a veces, como que nosotros mismos nos descartamos de ese Reino. Diría, quizás con una expresión no del todo exacta, pero que se acerca a la experiencia vital, diría que pedimos por los demás: -Que venga aquí alrededor de nosotros tu Reino, que venga a los que nos rodean, a las Instituciones que nos rodean.

Y quizás escondidamente lo pensamos para que a nosotros nos dejen en paz donde estamos. Que los otros se conviertan para que nosotros disfrutemos de lo que tenemos y no nos molesten y no nos estorben. Sería una grave deformación mis queridos hermanos. Si pedimos que venga el Reino de Cristo sobre nosotros tenemos que estar convencidos de que ese Reino de Cristo es una batalla en nuestro corazón, en nosotros.

Pedir que venga el Reino de Cristo no es pedir nuestra comodidad, no es pedir que nos dejen en paz a nosotros, sino es pedir que todos los hombres, empezando por nosotros mismos, nos rijamos por el Corazón de Jesús.

Y esto ¿qué exige de nosotros? Un desprendimiento, un despojo interior, un examen a fondo para ver cuál es nuestra postura real ante el Corazón de Jesús. No es para decir: -Que los pueblos se conviertan, que los otros se hagan buenos, que así gozaremos de la paz que tenemos.

No es sólo eso. El Señor dice: -“He venido a traer, no la paz sino la guerra”. Es verdad que nos trae la paz, pero es verdad que nos trae la guerra. Porque ‘la guerra’ y ‘la paz’ se entienden en dos sentidos diferentes: tenemos que hacer la guerra a nuestro egoísmo, la guerra a nuestro amor propio, para encontrar la paz de Dios, la paz del amor de Dios que nos domina, que nos transforma.

Pero ¡empezando por nosotros mismos! Por lo tanto el Misterio del Corazón de Jesús no es dejarnos en paz en nuestros egoísmos, no es buscar una excusa para seguir adelante tranquilamente y sin transformar nuestra existencia. Necesitamos iluminarla toda entera por la luz del amor de Cristo, de la Redención de Cristo, para tomar las posturas que ese amor de

Cristo requiere de nosotros en el momento concreto. Y examinar nuestro comportamiento, y examinar nuestros propios abusos, y examinar nuestra dureza con los demás.

Hemos contemplado el Corazón de Jesús. Suele achacarse a veces a la devoción al Corazón de Jesús que es un intimismo, que satisface al hombre porque lo hace evadirse de la realidad y lo hace refugiarse en una contemplación que lo serena, que lo consuela, que lo envuelve en una especie de atmósfera que es dulce, suave, y de esta manera lo aliena de la existencia.

Esta formulación exagerada, que quizás en algunos casos pueda tener un punto de apoyo, hemos de procurar que no tenga ninguna realización en nuestra vida. ¡No es eso absolutamente!, ¡no! Es verdad que una de las maneras infantiles con que los hombres buscan su felicidad es precisamente la de evadirse de las dificultades que encuentran en su camino. ¡Es una solución infantil! La verdadera solución es superar las dificultades, no evadirlas simplemente, no evadirse de ellas. Por lo tanto aquí evidentemente no se trata en nuestro caso de evadirnos, de desinteresarnos, de refugiarnos.

Si en una familia no se encuentra uno feliz, y no encuentra uno el camino de la superación de los obstáculos que han nacido en el amor, que han nacido en la educación de los hijos, y se refugia en una piedad en la cual se abstrae, se desinteresa, porque lo confía todo al Corazón de Jesús, y entonces él se dedica o ella se dedica a la devoción, a la contemplación del Corazón de Jesús, eso sería una evasión.

No es ésta la línea que nos enseña el Corazón de Jesús, es una incomprensión. Es verdad que en el acercarse a ese Corazón de Jesús puede encontrar uno fuerza y alivio y consuelo, pero no para retirarse sino para superar la dificultad, para enfrentarse con la realidad tal como es, para acercarse a esa realidad renovado, transformado, fortalecido. Pero para establecer, de esta manera, una postura que es la que corresponde a la obra de Redención a la que Cristo nos ha llamado a nosotros.

Para explicar este matiz, que me parece fundamental en todo lo que ha de ser nuestra concepción del Reinado del Corazón de Jesús, puede servirnos lo que quiero expresar con unas cuantas ideas.

Cuando nosotros contemplamos el Corazón de Jesús podemos contemplarlo en un sentido de intimismo porque es real. Es la intimidad de Dios que se me abre y yo la reconozco y yo me dejo asumir en esa intimidad de Dios, y entonces soy realmente tomado por Él en la riqueza y en la abundancia insondable de su amor. Pero yo puedo contemplar de otra manera el Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús es el gran misterio. El Papa en su Encíclica preciosa *Redemptor Hominis* ha querido recalcar que Jesucristo es el Redentor de cada hombre. No es Redentor solamente de la humanidad en general, es Redentor de cada hombre, ¡de cada hombre! ¡Es Redentor tuyo, personalmente tuyo! Conoce -como repite Juan Pablo II con insistencia- a cada hombre irreplicable, único. Lo ama, lo sigue. Entonces nuestra contemplación del Corazón de Jesús puede tener este otro sentido, y debe tener también.

No es lo uno o lo otro, ¡también! Este ver, en ese Corazón encendido, el amor que Él, Dios, tiene en Cristo a tu hermano, a tu hermano. Y cuando digo tu hermano digo los miembros de tu familia, digo los amigos, digo los hombres, digo cada uno de los que tú encuentras en tu camino. Y entonces nos introduce de esta manera en el valor del hombre.

El Papa Juan Pablo II en su Encíclica repite una idea que ya aparecía en el Concilio Vaticano II, pero que a él repetidamente le gusta recalcar. Y es que Cristo y el Corazón de Jesús es camino a Dios y es camino al hombre.

Camino a Dios porque en Cristo y en el Corazón de Jesús se nos revela lo que es Dios para nosotros, el amor infinito. ¡Que Dios es Amor! Que Dios, con toda la riqueza de sus atributos, se nos abre en la expresión de su intimidad para nosotros. Y así es camino que nos lleva a Dios, camino al Padre. Pero es también camino al hombre.

El gran peligro nuestro, mis queridos hermanos, es que no llegamos a apreciar al hombre. Decía san Agustín que una de las fuentes del ateísmo es la baja estima que el hombre tiene del hombre. Y es verdad.

Si lo vemos sólo con ojos humanos: este hombre, ¿merece que yo me sacrifique por él? ¡Sólo con ojos humanos, no! Tienen razón esos filósofos que presentaban como absurdo el que uno quisiese preocuparse por el hermano inválido, por el hombre inválido, por el hombre minusválido, por el hombre deficiente, sino más bien decían: -Tú procura desarrollar todas tus potencias, que eso vale mucho más que estar entretenido en estar sosteniendo a quien es ya un deshecho de la vida. Humanamente sería difícil contradecir este pensamiento.

Por eso, cuando leíamos ahora ese evangelio, en que el Señor ha querido indicarnos lo que es la Redención, y nos ha dicho que Él es el Buen Pastor que deja las noventa y nueve ovejas y va en busca de la que se le ha perdido -y ésa que se le ha perdido es todo hombre incluso alejado de Dios, incluso vicioso, incluso depravado, y dice que Él deja las noventa y nueve por ir en busca de ella-, nos quiere enseñar que el gran misterio de todo lo que nos rodea es que Dios ama a cada hombre aunque sea depravado.

Si Dios le ama así, ¿no será digno de que yo le ame también? Y ahí tenemos el Corazón de Jesús como una especie de faro encendido que nos está iluminando el valor del hombre, que está iluminándonos el valor de esa persona a la que tú no puedes tragar, de esa persona que te molesta, de esa persona que te es antipática. Y sin embargo, es verdad que si te fijas en el Corazón de Jesús, Él está encendido de amor hacia esa persona y ha dado su vida por esa persona. Y está buscando a esa persona, está anhelando de poder tener la intimidad abierta de esa persona a la cual está ofreciendo su amistad. Y así Cristo se ha hecho camino para que lleguemos al hombre y lleguemos a la intimidad del hombre. Cristo, Corazón de Jesús, camino del hombre.

Y evidentemente que inmediatamente aparece, desde ahí, que el Corazón de Jesús no nos aleja del hombre. Al contrario, nos acerca al hombre porque nos revela su valor, nos significa lo que es la Redención que Cristo ha ofrecido por él, y nos invita a nosotros a amarle. Y entonces comprendemos que ese fuego encendido debe arder también en nuestro corazón.

Y que si yo me dirijo al hermano y me dirijo al hombre al que yo encuentro, no es simplemente para cumplir una orden que Él me ha dado, que como yo le amo cumplo una orden, sino que es necesario que en mí arda el fuego de un verdadero amor hacia él porque el Señor ha puesto en mí su caridad.

Y por eso leíamos en la epístola de hoy, leíamos en la lectura de san Juan que “en esto se conoce que la caridad está en nosotros en que amamos al hermano”. No sólo en que cumplimos la orden que nos da de hacerle bien, sino que en nosotros se suscita el verdadero amor hacia el hermano.

Y aquí nos ilumina de esta manera el Corazón de Jesús en esa verdad vital del cristianismo: que ¡somos uno!, que la obra de la Redención nos ha hecho de manera especial uno. “Que sean uno en nosotros como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti”. No solamente que se quieran con un amor humano, “que sean uno”, uno por la caridad. Porque ese mismo amor de Cristo está en nosotros como Él lo pedía en la oración sacerdotal: “Para que el amor con que me amaste esté en ellos y Yo en ellos”. Y entonces comprendemos la fuerza que tiene esa visión del Misterio del Corazón de Jesús.

Contemplar al Corazón de Jesús es ser llamado continuamente al amor del hermano. Es ser llamado continuamente al amor del hermano fundado en el amor de Dios que Él pone en nosotros, no en una simple filantropía, no en una simple situación humana, sino en la verdad de que somos uno. Y que nos debemos sentir uno, profundamente unidos desde dentro, en la solidaridad ante Dios y en la realidad de nuestra vida humana. Y aquí está el horizonte abierto para nosotros. Y aquí está la clave de nuestras mismas respuestas al Señor.

Es necesario que reflejemos en nosotros el amor de Cristo. Es necesario que esa mirada nuestra hacia el hermano está cargada con la fuerza del amor del mismo Cristo. Es necesario que, a la manera del amor de Cristo, estemos dispuestos a dar la vida por los hermanos. Es necesario que estemos dispuestos a despojarnos de lo superfluo.

No es que vamos a pedir que nos hagamos pobres, no se trata de eso. Como decía el mismo san Pablo: “Yo no pido que os hagáis pobres para ayudar al hermano. Lo que pido es que no seáis excesivamente superfluos en vuestros bienes sino que ayudéis a los hermanos”. De la manera más inteligente pero con la fuerza del fuego del amor. Y es donde se introduciría en el mundo la civilización del amor.

Diría que el Corazón de Jesús es el signo patente, es la bandera levantada de la civilización del amor. Esa civilización que necesitamos en medio de una humanidad que, con excusa de servir al hombre, introduce dentro de la humanidad el odio. Tenemos que introducir nosotros la civilización del amor, la civilización de la prontitud de servicio, de ese servicio real, de esa entrega generosa, de ese despojo de nosotros mismos, para poder ayudar y poder servir.

No sólo con unos ideales muy vagos y muy generales, que a veces nos sucede así que estamos sumamente entusiasmados con la transformación del mundo y descuidamos la ayuda de esas personas concretas que tenemos a nuestro alrededor, y que son aquellas a las cuales tenemos que manifestar en nosotros la cercanía del amor de Dios.

No es intimismo el Misterio del Corazón de Jesús, no. El misterio del Corazón de Jesús es fraternidad, es elevación del hombre, es comprensión de la dignidad humana a la luz del amor de Dios. Es comprensión de una civilización nueva, es el mensaje evangélico que traemos a este mundo.

No son soluciones económicas precisamente -eso toca a los hombres con sus cálculos humanos-, pero es necesario, sí, que todas las soluciones estén empapadas en la ley del amor, en la ley de la caridad. Que esa ley de la caridad lo domine todo, que esa ley de la caridad lo rijan todo de verdad, que toda nuestra vida esté dominada por el Corazón de Jesús. Ése es el reinado del Corazón de Jesús. Somos solidarios.

No es un intimismo, es una proyección fraterna que nos hace a todos hermanos en el Corazón de Jesús. Si miráramos todos así hacia el Corazón de Jesús entonces Él nos daría su Espíritu, y entonces procederíamos de otra manera entre nosotros, por la fuerza de su caridad y de su amor.

Es pues básico en el Misterio del Corazón de Jesús el concepto de nuestra solidaridad. Es esa verdad fundamental del cristianismo que se llama 'la comunión de los santos', la unión de todos. Cuando nosotros somos consecuentes con la vida que el Señor ha difundido en nosotros nunca podemos sentir a nadie lejano de nosotros.

Ni siquiera es un simple amigo humano, ¡es uno!, ¡es uno! Y de ahí que nuestra entrega al Señor nunca prescinda de nuestra vinculación con todos, siempre la incluye. Y siempre, en nuestro ofrecimiento, ofrecemos también a todos aquellos que están vinculados con nosotros.

E igualmente en el otro aspecto. Ayer, en el ayer de nuestras reuniones, el último primer viernes, hablábamos del dolor, hablábamos del comienzo de una idea tan propia de esta visión del Corazón de Jesús como es la reparación. Pues bien, el concepto básico de la reparación es ese amor, este amor fraterno que nos une, este amor fraterno que hace que mi hermano, su vida, su presencia ante el Señor, la sienta como mía.

Por eso, en la base de esa reparación está ese amor. Y cuando yo me siento uno, el pecado de mi hermano es mío, y lo siento como mío. Y por lo tanto mi amor al Señor trata de evitar ese pecado 'nuestro', ¡'nuestro' pecado! Los del mundo son 'nuestros' pecados. Entonces, en la fuerza de ese amor, queremos amar; pero no simplemente amar al Señor porque yo soy bueno y quiero amarle, sino amarle por lo que nosotros, todos unidos, no le amamos.

Y al mismo tiempo ofrecer nuestra vida con la de Cristo por la Redención de ese mundo que es nuestro. ¡Somos uno con Él! ¡Son nuestros hermanos! ¡Yo y los hermanos que me has dado!

No hay pues peligro de alienación, no. El Corazón de Jesús nos lleva a la vida, nos lleva a la vida personal, nos lleva a la vida familiar, pero con todas sus exigencias, con toda esa proyección real de la vida humana que tiene que ser toda ella santificada por el Señor.

No pedimos pues simplemente que venga el Reino de Dios sobre nosotros. Pedimos que venga sobre nosotros, pedimos que nos transforme, pedimos que nuestro corazón se llene de tal manera de la caridad de Cristo, que tengamos en nosotros los mismos sentimientos de Cristo.

Quiero terminar este mes de Mayo con un recuerdo a la Virgen, que vamos a tomarla como modelo de esta unión.

María es para nosotros modelo, de muchas maneras, de nuestro acercamiento al Corazón de Jesús. María se entregó al amor de Cristo, se entregó al amor del Padre en aquella consagración, que podemos llamar así, de la Anunciación.

María fue dócil a la acción del Espíritu Santo que vino sobre Ella. María acompañó a Cristo con los sentimientos más cercanos, con un Corazón que latía al unísono del Corazón de Jesús. María reparó por las injurias que recibía Cristo. María lo acompañó en su Pasión. María sintió las ofensas que se cometían contra Él.

María amó a Cristo también en la Eucaristía. Cuando en su vida, después de la Ascensión del Señor, tenía entre sus manos la Eucaristía, María amaba a su Hijo y al Corazón de su Hijo por todos los que no apreciaban los dones infinitos de su amor. Es para nosotros pues un modelo. María es modelo de esto que estábamos diciendo precisamente, de que no es sólo un intimismo con Cristo y un intimismo con el Padre.

María es modelo de la asociación a la Redención. María precisamente, por su identificación con Cristo, es Madre nuestra y está cerca de cada uno de nosotros, y la vida de cada uno de nosotros la asume en su propio Corazón y la presenta continuamente al Padre. El Concilio, hablándonos de la Virgen, dice esta palabra profunda, dice así: María la más excelsa de todas las criaturas después de Cristo, después de la humanidad misma de Cristo, y la más cercana a los hombres.

De todas las criaturas la más alta, la más cercana. Podría parecer esto una paradoja. Parece que cuanto más alta es una persona más lejos está. No es verdad. Cuanto más alta quiere decir que está más compenetrada con Dios, y cuanto más compenetrada con Dios más cerca está del hombre, porque no hay nada más cercano al hombre que el Corazón de Dios. Y cuanto más se identifica uno con el Corazón de Dios más cerca está, se identifica, con el corazón del hombre.

Él mismo nos lo indica: “Lo que hacéis a uno de estos a Mí me lo hacéis”. Por lo tanto vemos en María el modelo de esta realidad de la vida cristiana, de esta identificación con el amor

de Cristo que nos hace estar más cercanos a los hombres de lo que la mera relación humana nos puede colocar.

Llenos pues del fuego del amor de Cristo, que ese fuego nos transforme, que ese fuego cambie nuestro corazón, nuestras disposiciones interiores, que ese fuego nos posea de verdad. Entonces comprenderemos cómo, en la fuerza de ese Espíritu Santo, nos abrimos a los hermanos, nos hacemos uno con ellos. Nos hacemos uno en solidaridad ante el Padre y sentimos que nuestro corazón se conmueve por su situación, palpita con ellos y pone la propia persona al servicio de su necesidad. Que así sea.



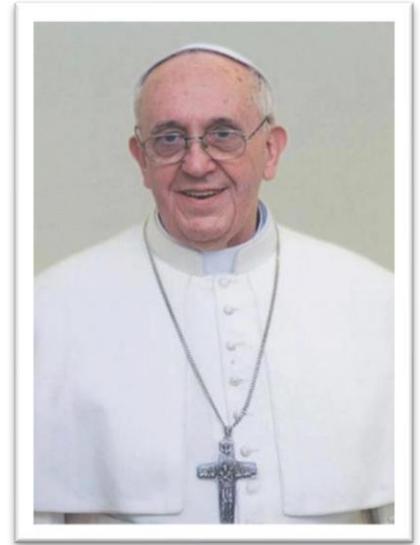


Intenciones del Papa

Mes de junio 2022

General: Recemos por las familias cristianas de todo el mundo, para que, con gestos concretos, vivan la gratuidad del amor y la santidad en la vida cotidiana.

CEE: Por el ministerio del sucesor de Pedro y el de todos los obispos del mundo en comunión con él, para que, sirviendo fielmente al Pueblo de Dios, confirmen a sus hermanos en la fe y guíe sabiamente la nave de la Iglesia.



No olvides...

- ✓ 19-26 agosto Campamento del Mej

- ✓ 19-23 agosto Campamento de familias



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<https://movimientoapostolicogetsemani.com/>
contacto@movimientoapostolicogetsemani.com

